



RADIOGRAFÍA DE BARBARROJA

Un análisis multidimensional de la Invasión de Rusia.



FERNANDO PAZ

www.hrmediciones.es





ÍNDICE

¿POR QUÉ BARBARROJA?	7
¿Por qué Barbarroja?: Anticomunismo Lebensraum y geopolítica	7
Las Razones Ideológicas:	11
Razones geoestratégicas:	26
LOS EJÉRCITOS EN LIZA	97
La Wehrmacht	97
El Ejército Rojo:	115
La guerra blindada	138
BARBARROJA	179
La elaboración de Barbarroja.	179
Causas del fracaso de Barbarroja	198
UNA GUERRA IDEOLÓGICA	297
BIBLIOGRAFÍA	349





1

¿POR QUÉ BARBARROJA?

¿Por qué Barbarroja?: Anticomunismo Lebensraum y geopolítica

Más de ochenta años después del inicio de la Operación Barbarroja, los historiadores aún no parecen capaces de proporcionar un relato homogéneo de dicha campaña, la más dura y cruel de la era contemporánea. Diferentes interpretaciones de esta se han planteado a lo largo del tiempo, de forma sucesiva o simultánea, no pocas veces con un decidido carácter excluyente; y, aunque en algunas cuestiones las posturas hayan tendido a converger, aún hoy el consenso historiográfico dista de ser completo.

El relato que explica Barbarroja, desde una óptica o desde otra, ha de ser necesariamente extenso, ha de remontarse considerablemente en el tiempo, y ha de indagar en lo más profundo de las fuentes de la historia, la psicología y la política. Y aún así, o precisamente por ello, el acuerdo parece lejano. Pues cualquier estudio que pretenda comprender la Operación Barbarroja, debe hacerlo primero con las causas que llevaron a Adolf Hitler a tomar la decisión de atacar a la Unión Soviética, seguir por las relaciones entre los dos grandes estados ideológicos de la época de entreguerras, continuar con el papel de la *Wehrmacht* en la guerra de exterminio que los alemanes libraron - y con el del Ejército Rojo - y terminar por las razones que finalmente hicieron fracasar la campaña. Dicho sea sin el más mínimo afán de exhaustividad.

Por lo general, y para embrollar más las cosas, los historiadores tienden a colocarse del lado de una teoría u otra, como si las diferentes razones para explicar un acontecimiento fuesen incompatibles. Sin duda es cierto que



entre las razones que mueven a los seres humanos a tomar una decisión, suele prevalecer una sobre las demás; pero incluso esa que prevalece, viene a ser el fruto de varias causas o motivos que, naturalmente, no pesan lo mismo a la hora de tomar dicha decisión. Para el tema que nos ocupa: con toda probabilidad, Adolf Hitler no atacó a la URSS por una sola razón, sino que, por el contrario, fueron varias las que le decidieron, tras sopesarlas a partir de la información de que disponía y desde las creencias que profesaba. Porque ambas circunstancias, lo que sabía y lo que creía, son esenciales a la hora de entender dichos motivos.

De modo que las razones que le determinaron a desencadenar el mayor conflicto bélico que registra la historia son, sin duda, complejas. Discernir su importancia no es un asunto sencillo. Muchos historiadores consideran que los motivos de tipo ideológico, ya expuestos en “Mi Lucha” quince años antes, son los que aclaran mejor que ninguna otra cosa Barbarroja: el anticomunismo y la búsqueda del *Lebensraum* serían las causas últimas que explicarían la invasión de la Unión Soviética en 1941. El resto de los motivos que pudieran aducirse serían más coyunturales, sugiriéndose así que, en último término, podría prescindirse de ellos o que, en todo caso, Hitler los utilizó como parte de una estrategia destinada a convencer a los militares - y a la población en general - de la necesidad de enfrentar la invasión de la URSS.

La campaña de Rusia sería, pues, la verdadera “Guerra de Hitler”, en contraposición con la que este tuvo que librar contra los occidentales, que le habría sido impuesta por Londres y París a fin de evitar que Alemania se erigiese como la potencia hegemónica en Europa. Aunque no cabe duda de que hay, en todo ello, una cierta parte de verdad, no es menos cierto que estas interpretaciones fueron aceptadas en su momento - durante las décadas que siguieron a 1945 y que constituyeron, no lo olvidemos, las de la guerra fría - por razones políticas y por tanto, precisamente, coyunturales.

Si Hitler emprendió la campaña del Este por una profunda convicción ideológica, o si lo hizo por razones geoestratégicas y, como tales, mudables, nos remite a la vieja polémica que sostuvieron en décadas pasadas los historiadores funcionalistas y los intencionalistas; polémica que, nacida al calor de las diversas interpretaciones del Holocausto, puede - y debe; así sucedió - extenderse a la política exterior del Tercer Reich. Entre otras cosas porque ambos aspectos están fuertemente vinculados. Como todas las imágenes solidificadas por el uso y la costumbre, la de eficiencia, previsión y homogeneidad que el Tercer Reich ha proyectado durante décadas es, sin duda,



difícil de modificar. Y, sin embargo, hoy apenas existe ya margen para sostenerla. En realidad, la Alemania nazi fue una especie de neofeudalismo en el que las distintas agencias competían por conseguir ámbitos de poder. La competencia se establecía de un modo caótico, dependiente en exclusiva de la voluntad del Führer, por lo que era norma la yuxtaposición de funciones y la extrema ambigüedad en cuanto a la delimitación de jurisdicciones. Todo lo cual favorecía el poder de Hitler como árbitro, al tiempo que generaba una notable entropía en el sistema y una visible merma de su eficacia, algo que se revelaría determinante en el resultado final de la guerra. Con todo, eso no significa que Hitler lo buscara de manera deliberada; de hecho, son muchos los historiadores que han subrayado - no sin razón - que Hitler odiaba tener que tomar decisiones. En muchos casos, esa forma de gobierno debía permitir evitar la burocracia y resolver las tareas de un modo más práctico y directo.¹ Dada la inmensa popularidad de que gozaba Hitler y su dependencia de la opinión pública, era lógico que evitase por todos los medios verse asociado a políticas impopulares, pues su carácter de dictador por consenso le hacía especialmente vigilante de que este se mantuviese.

Viene esta consideración al caso de la política exterior del Tercer Reich que, como el resto de las políticas nacionalsocialistas, tuvo - sobre un fondo de convicciones ideológicas - mucho de improvisación. Es importante establecer el hecho de que el nacionalsocialismo no era nihilista - como sostuvo en su momento la perspectiva conservadora - ni tampoco fue un agente de fuerzas más poderosas que él mismo - como quiso la dogmática marxista - sino un movimiento poderosamente ideologizado a cuyo servicio se desarrolló una política no siempre fácil de definir.

El anticomunismo, el antisemitismo y la idea de “comunidad popular” - y, sobre todo, una singular interpretación y combinación de estos - son quizá los más característicos ejes vertebradores de su ideología. Sobre ese fondo, los nazis fueron tomando las decisiones en función de las oportunidades que surgían. Una sucesión de oportunidades que, finalmente, terminó por arrebatarle a Hitler la dirección de la política europea cuando los aliados occidentales le declararon la guerra el 3 de septiembre de 1939. Desde ese momento, sus principales decisiones vinieron condicionadas por las que otros tomaban. Muchas de las determinaciones de Hitler a partir

¹ Mason, T.: *Intention and explanation. A current controversy about the interpretation of National Socialism*. In Jane Caplan (ed.) 1995. *Nazism, Fascism and The Working Class*. Essays by Tim Mason. Cambridge pp. 212-230.



de entonces, lo fueron siguiendo su instinto o atrapando la oportunidad, pero es difícil concluir que obedecían a un plan preestablecido. De hecho, la declaración de guerra aliada trastocó todos sus planes: nunca creyó que entraría en guerra con Londres y París por causa de Polonia, sobre todo tras su acuerdo con Stalin del 23 de agosto anterior.

Y eso es también lo que ocurrió en la campaña del Oeste en 1940 cuando, tras la espectacular victoria con la que asombró al mundo, no le quedó otro recurso más que ofrecer la paz a Gran Bretaña, que una vez rechazada dejó a Hitler sin saber qué hacer: no había previsto nada para el caso. Esa misma primavera había sucedido algo semejante en la campaña de Escandinavia, a la que fue arrastrado por la estrategia occidental, lo que se repitió en 1941 con la intervención en los Balcanes, forzada por Italia y por las intrigas británicas y soviéticas; mientras, por las mismas fechas, se veía precisado a enviar ayuda militar al Norte de África. No es exagerado afirmar que el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, desde el propio estallido de la guerra hasta que esta deviniese en un conflicto mundial, escapó a la voluntad de Hitler.

Si es difícil sostener que en la política exterior a partir de 1939 Hitler tuviese la iniciativa, tampoco es fácil defender que la política internacional había desembocado en 1939 en el punto al que Hitler quería llevarla: aquí parece que la polémica entre funcionalistas e intencionalistas está más decantada. En el caso de la guerra contra la Unión Soviética, con todo, cabe argüir que fue él quien llevó la iniciativa (pues, en definitiva, fue la *Wehrmacht* la que invadió la URSS). Sin embargo, ese hecho no debe ocultar cuál fue la razón por la que Hitler se decidió a dar dicho paso, que no fue otra que el rechazo, por parte de Stalin, del papel que el Reich le había asignado. De modo que, en sentido estratégico, la invasión de la URSS fue una reacción a la posición de Moscú sobre Alemania y el Nuevo Orden que los países del Eje pensaban imponer tanto en Europa como, en una segunda fase, en buena parte del mundo: esencialmente, Barbarroja vino determinada antes por la política soviética que por la del Reich.

Numerosos historiadores han considerado que si Hitler tomó finalmente la decisión de atacar a la Unión Soviética, ello se debió a motivos de tipo ideológico: la proclamada necesidad de obtener *Lebensraum*, el anticomunismo y el antisemitismo. Así que las razones de otro tipo que adujo de cara a los militares o a la población no serían más que excusas argumentales para justificar su decisión y presentarla como si no hubiera alternativa; afortunadamente, él se había dado cuenta de qué era lo que verdaderamente estaba



sucedendo y lo había abordado a tiempo, porque más tarde habría sido peor. Pero, en el fondo – sostienen - los motivos eran bien distintos.

La posición de Hitler era, en todo caso, cualquier cosa menos envidiable. Que en esa posición se hubiera colocado él mismo no altera sustancialmente las cosas, pues dada la valoración que el propio nacionalsocialismo hacía del concepto “lucha” y de la increíble variedad de enemigos que su propia concepción del mundo le granjeaba - y que el propio nazismo exigía - era una consecuencia lógica. Las últimas decisiones de peso que Hitler tomó en política exterior cabe calificarlas de suicidas: invadir la URSS y declarar la guerra a los Estados Unidos, con una diferencia de apenas seis meses. En realidad, en 1941 ya no podía elegir a sus enemigos, porque todos lo eran; y ni siquiera podía priorizarlos. Desde entonces serían ellos quienes determinarían el curso de los acontecimientos, aunque aún restase un año para que las inercias fruto de los éxitos militares del comienzo de la guerra cediesen ante la nueva realidad que representaba enfrentarse a los tres imperios más poderosos del mundo. Con su invasión de la URSS en junio y con su declaración de guerra a los EE.UU. en diciembre, tan solo podía permitirse conservar un cierto sentido de la estética y cargar contra el mundo entero, en un combate sin esperanza de victoria en el que solo a través del sacrificio propio más extremo - y del horror capaz de infligir a sus enemigos - quizá cupiese una posibilidad de salvación. Pero ese mismo sacrificio y ese horror, al tiempo que amenazaba al enemigo elevando el precio que este debería pagar por la victoria, imposibilitaba que la guerra terminase de otro modo que no fuese algo muy parecido al Apocalipsis.

Y la guerra en el Este de Europa fue lo más parecido al Apocalipsis que el mundo ha contemplado.

Las Razones Ideológicas:

Anticomunismo y antisemitismo:

Como se ha dicho, los motivos por los que Hitler ordenó el ataque a la Unión Soviética siguen siendo controvertidos; entre otras razones, porque afectan a la esencia misma del régimen nacionalsocialista. Y, en consecuencia, a la naturaleza racista del mismo y a su concepción de la política exterior, que probablemente son los aspectos más debatidos del Tercer Reich. En términos generales, los historiadores se han posicionado en dos grandes bloques: de un lado, quienes consideran que los motivos esenciales fueron



de carácter ideológico, como el *Lebensraum* y el anticomunismo; del otro, quienes creen que las razones estuvieron más relacionadas con la situación geopolítica: el temor a una prolongación de la guerra con los británicos que terminase por arrastrar a los EE.UU. al conflicto, y la sospecha de que Stalin preparaba un ataque contra el Reich para conquistar Europa.

Es indiscutible que Hitler era un encendido anticomunista, y que desde esa perspectiva siempre percibió la existencia de la Unión Soviética como una torva amenaza (algo que compartía con muchos millones de europeos). El anticomunismo había constituido, junto a otras, una poderosa baza política en la época del “tiempo de lucha” que le condujo al poder en 1933. Certeramente, su instinto le decía que constituía un banderín de enganche excepcional, y como tal lo utilizó de forma creciente según se acercaba al poder, al tiempo que desechaba el antisemitismo como cartel electoral; el primero presentaba una gran capacidad de seducción interclasista, mientras el segundo era visto como una vulgaridad radical de clase media-baja.

Esa explotación del comunismo como amenaza había terminado por convertir al nazismo en aceptable para las clases altas del país, pese a todo el desprecio que les suscitaba el origen pequeño burgués, proletario o desclasado de los dirigentes y militantes del *NSDAP*. Del mismo modo, Hitler suponía que la amenaza comunista también sería una formidable arma en sus relaciones con los británicos, para él prioritarias. Curiosamente, tanto Hitler como Stalin consideraban que Londres admitiría todo tipo de concesiones con tal de eliminar a la URSS y al comunismo del panorama internacional. Pero tal cosa se reveló errónea: al final resultó que nadie, y tampoco los británicos, estaba dispuesto a dar carta blanca a Alemania para expandirse por el este de Europa por muy en detrimento del comunismo que tal cosa resultase.

Y lo cierto es que la finalidad primordial de Hitler no era la de destruir el comunismo, aunque ese hubiese sido el resultado en caso de haber triunfado. Desde luego que reactivó el discurso anticomunista cuando invadió la Unión Soviética: entre otras cosas le sirvió para enrolar a cientos de miles de voluntarios venidos de los cuatros puntos cardinales de Europa, desde España hasta Noruega y desde Francia hasta Estonia. El anticomunismo, además, en una Europa dominada por la *Wehrmacht*, era un argumento lo suficientemente poderoso como para realzar el prestigio de las armas y la política alemanas cuando la suerte del continente se jugaba en los campos de batalla de Rusia: Hitler no ignoraba que la popularidad de su movimiento



y el gran atractivo de las organizaciones fascistas radicaba, justamente, en la dinámica y entusiástica disposición para terminar con el comunismo. De hecho, en todos los lugares en los que el comunismo no había logrado forjar una alianza con otros sectores de la izquierda y con los liberales progresistas, había sido barrido por los partidos fascistas.

Pero la aniquilación del comunismo no era el verdadero objetivo de Hitler; de haberlo sido, sus probabilidades de ganar la guerra habrían aumentado enormemente. El propósito de Hitler era el de colonizar las tierras de la Unión Soviética, entregarlas en manos de un ejército de campesinos-soldados alemanes, hacer de Crimea una especie de balneario vacacional para los súbditos del Reich y la Europa germanizada, y explotar la riqueza del feraz suelo ucraniano y el petróleo del Cáucaso; Rusia y el resto de las nacionalidades de la URSS proveerían a Alemania con su casi infinita reserva de materias primas. Por lo demás, dominada desde Berlín la región europea de la Unión Soviética, bien podía permitirse a Stalin recrear un estado comunista en el que encerrar a la población asiática de la URSS al otro lado de los Urales.²

La consideración que el sistema bolchevique merecía en Alemania había ido modificándose desde la revolución de 1917. De hecho, la relación entre la Unión Soviética y Alemania (una Alemania en buena parte en manos de las mismas clases que habían dominado durante el II Reich) fue excelente después del Tratado de Versalles, dada la condición de parias de ambos países en el escenario internacional. La consecuencia fue el Tratado de Rapallo, en 1922, por el que ambos salían del ostracismo en el que los occidentales deseaban mantenerlos; comenzaron entonces una fructífera colaboración en los terrenos económico y militar.

Desde los estadios finales de la Primera Guerra Mundial, una parte del nacionalismo alemán fue girando hacia una cierta comprensión del bolchevismo, en ocasiones casi hasta la identificación; surgió una corriente nacional-bolchevique de la que algunos destacados miembros se desgajaron para engrosar las filas del Partido Comunista Alemán (*KPD*). Mientras, y ya desde comienzos de los años veinte, algunos sectores minoritarios de la extrema izquierda y cercanos o parte del *KPD*, desarrollaron la idea inicial nacional-bolchevique, bendecida por Karl Radek y observada con interés por la Liga Espartaquista. Dirigidos por Heinrich Laufenberg y Fritz

² Hitler, A.: *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, (vol. I, 1941-1942). Luis de Caralt, Barcelona 1953, p. 23.



Wolffheim, comunistas heterodoxos, trataron de forjar una alianza con grupos nacionalistas juveniles, mientras del lado nacionalista Ernst Niekisch sostenía un anticapitalismo radical que le acercaba al socialismo, del que procedía. Pese a que en algún momento todos ellos miraron con interés al *NSDAP*, terminaron criticando el nacionalsocialismo de Hitler por olvidar el programa socialista del partido.³

A su vez, dentro del nazismo existía una potente ala izquierdista, particularmente importante en las zonas industriales, en el norte y en el oeste del país, que veía con recelo el ascenso de los nazis más nacionalistas del sur, siempre próximos a Hitler. Aunque, en su conjunto, el planteamiento del *NSDAP* era una especie de síntesis socialista y nacionalista, con el paso del tiempo fue tomando una deriva dextrógira que le alejó de toda veleidad nacional-bolchevique, extremando su anticomunismo en detrimento de otros componentes ideológicos.

Esa deriva le alejó de la Unión Soviética y, cuando Hitler fue nombrado canciller, Alemania interrumpió las relaciones que la *Reichswehr* venía manteniendo con el Ejército Rojo desde una década atrás. En lo sucesivo la separación se iría haciendo más y más amplia, y ambos terminarían considerándose enemigos irreconciliables. Al tiempo, la orientación de la política exterior del régimen nacionalsocialista exigía un acercamiento a las potencias occidentales, lo que recomendaba insistir en la posición anticomunista; era necesario ganarse la buena voluntad, sobre todo, de Londres, para construir la Gran Alemania expansiva que ponía en solfa todo el orden de Versalles.

No cabe duda de que el anticomunismo fue una buena baza para Hitler también en política internacional. Aunque durante varios años no mostró ninguna preocupación particular por la URSS - y, de hecho, en las Actas de Hossbach de noviembre de 1937 apenas la menciona - lo esgrimió como un argumento determinante para justificar no pocos de sus movimientos; así sucedió en el caso de la guerra civil española, acerca de la cual todo su interés radicaba en atizar el fuego en una lejana península del suroeste europeo para fijar la atención mundial en aquel conflicto lo que, además de brindarle la posibilidad de probar armas en condiciones de fuego real, le permitía desviar el foco de sus actividades en Centroeuropa.

³ Norling, E.: *Los hermanos Strasser y el Frente Negro*. Ediciones Nueva República, Barcelona 2004, pp. 37 y ss.



Pero si Hitler creía que podía enarbolar esa bandera para conseguir el beneplácito de occidente, se engañaba. El ambiente popular, sobre todo en los sectores liberales e izquierdistas en Europa y en Estados Unidos, estaba impregnado de “antifascismo”, que además conoció un importante repunte con motivo de la victoria en Francia del Frente Popular y con el estallido de la guerra civil española. Por su lado, Hitler establecía buenas relaciones con Polonia, evidentemente dirigidas a reforzar su anticomunismo; en 1934 había llegado a un acuerdo con Polonia, y a partir de 1938 sus reivindicaciones al gobierno de Varsovia estuvieron formuladas con una moderación que, en cierto modo, sorprendía; la idea era la de sumar a Polonia a esa barricada anticomunista europea que “suponía la culminación de la obra inaugurada por el mariscal Pilsudski y el Führer”.⁴ Percibida sin embargo como una creciente amenaza de los alemanes, que parecían camuflar bajo el anticomunismo otras intenciones (y, desde luego, los polacos tenían razones para temerse tal cosa) el gobierno de Varsovia se mostró firme ante las pretensiones alemanas.

Es verdad que la cuestión de Danzig era una excusa para Hitler. En 1939, se había convertido en algo tan importante compartir frontera con la URSS como terminar de construir la Gran Alemania; está claro, sin embargo, que lo primero era el objetivo primordial. De hecho, Hitler - como en tantas ocasiones hizo y haría - había renunciado al *Südtirol* o Alto Adigio en favor de Italia, sacrificándolo a intereses más altos; los polacos le pedían ahora que hiciera lo mismo con Danzig.

La diferencia era que Polonia limitaba con la Unión Soviética y que Hitler había destinado a Polonia a una función auxiliar en su futuro combate contra esta; de haber accedido Varsovia a las reclamaciones alemanas, lo más probable es que se hubiese convertido en algo muy semejante a lo que fue el Protectorado de Bohemia y Moravia.

El anticomunismo, fue, pues, el telón de fondo ideológico sobre el que se movió el Tercer Reich, pero sus actos parecían, no pocas veces, desdeñar ese propósito último. No cabe, con todo, dudar de la sinceridad de dicho planteamiento: Hitler era un decidido anticomunista, un sentimiento en su caso reforzado por la creencia de que el bolchevismo era una obra judía. De hecho, no faltan historiadores que esgrimen el anticomunismo como la naturaleza última del nacionalsocialismo. No es un argumento baladí.

⁴ ADAP, D, tv, pp. 87 y ss.



Autores de la consistencia de Ernst Nolte han dedicado a esta idea algunos de sus mejores esfuerzos; el antisemitismo sería una derivada de este hecho y no, por tanto, el núcleo de la ideología del movimiento de Hitler. Para Nolte, “el impulso anticomunista y antimarxista (han) sido fundamentales para Hitler y su partido, y no simplemente un pretexto más ideado para justificar los motivos más profundos de su antisemitismo, de su nacionalismo, e incluso de una ideología antiburguesa”.⁵ Ese vínculo es una evidencia, y con toda probabilidad puede seguirse una relación de causa-efecto en el sentido planteado por Nolte, pero ahora de lo que se trata es de establecer el papel que el antibolchevismo jugaba en 1941, puesto que lo esencial es determinar si fue una razón ideológica la que movió a Hitler a emprender la campaña en el Este ese año. Y no parece que ese sea el caso si la limitamos al anticomunismo.

Quizá habría que incluir el antisemitismo como otra razón ideológica, complementaria del anticomunismo; si la URSS representaba en el imaginario nazi la construcción del estado judío por excelencia, parece lógico que Hitler quisiera destruir dicha obra. Y no solo la obra, sino igualmente a la población judía que la sostenía. Pues si el propósito de Hitler era el de exterminar a la población judía hasta el último de sus miembros, nada más natural que fuese a perseguirlos allá donde se hallasen, al menos en el territorio a su alcance, limpiando así Europa de judíos.

El problema histórico es que, en 1940-1941, no era este el planteamiento al respecto. Cuando Hitler comenzó a inquirir a sus jefes de estado mayor por la posibilidad de atacar a la URSS, en el verano de 1940, en Berlín se contemplaba el Plan Madagascar como solución para el “problema judío”. De hecho, la idea había partido de los polacos en 1937 - los alemanes no eran los únicos antisemitas en los años treinta - y fue considerada por la Wilhelmstrasse tras la victoria sobre Francia. Franz Rademacher, responsable de *Referat D III*, o asuntos judíos, en el Ministerio de Exteriores había previsto la deportación de cuatro millones de judíos europeos a la isla; se les permitiría la construcción de su propia administración, de sus tribunales, sus expresiones culturales y desarrollar sus posibilidades económicas, eso sí, bajo la supervisión de las SS. El plan fue adoptado con un cierto entusiasmo tanto por Ribentrop como por Heydrich, y se mantuvo hasta febrero

5 Nolte, E.: *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*. Ariel. Barcelona, 1995, p. 153.



FRANZ RADEMACHER, RESPONSABLE DE REFERAT D III (ALAMY).

de 1942 como una posibilidad cierta, fecha en que se arrinconó dada la cantidad de territorio que los alemanes poseían ahora en la URSS⁶ (estaba, además, el hecho de que Gran Bretaña dominaba los mares, y el plan de traslado de tan enorme contingente de personas a un lugar tan lejano se convertía en irreal).

Todo esto quiere decir que no fue la liquidación de los judíos lo que movió a Hitler a invadir la Unión Soviética. A las alturas de 1941, puesto que aún pensaba en una solución territorial, no era su objetivo aumentar el número de los judíos bajo administración alemana; todo lo contrario, estaba pensando en deshacerse de ellos. Si los judíos significaban algo para Hitler en 1940-41, era un problema de difícil resolución que no sabía muy bien

⁶ Wistrich, R.: *Hitler y el Holocausto*. Mondadori, Barcelona 2002, p. 136-137.